

# EL TIEMPO

Por Fernando Musante

*El tiempo, un niño que juega y mueve los peones.*

HERÁCLITO, fragmento 59.

(Epígrafe utilizado por Julio Cortázar para su cuento *Sobremesa. Final del juego*, 1956).

Cuando Edgar Allan Poe publicó como epígrafe de su cuento **La carta robada**, una frase que adjudicó a Séneca, a nadie le llamó la atención en demasía. Con el tiempo, Francisco García Jurado, doctor en Filología Clásica por la Universidad Autónoma de Madrid y profesor de filología latina en la Universidad Complutense aseguró que la famosa frase no pertenecía al gran Lucio Anneo Séneca. O sea que las primeras de las palabras escritas en ese texto no eran ciertas. Es más, eran falsas.

Esta cuestión (¡Tan positivista, por cierto!) de decretar la “no-existencia” de todo aquel fenómeno (o no) que no pueda ser advertido por la perceptualidad humana o de su explicación racional, o ratificación histórica supuestamente fehaciente; seguramente sostiene las tesis de quienes aseguran (a punto tal de ser capaces de jurar por sus certezas absolutas) que la frase no es de Séneca. Y –entre nos– puede ser que no lo sea.

No en vano Poe conmovió a Baudelaire y a Dostoyevsky. No en vano fue traducido al español por Borges y Cortázar. No en vano Lacan le dedicó un seminario a su cuento. A Poe no le preocupaba agrandar a los constructores de ninguna “verdad oficial”, por minúscula que fuera, ni tampoco obtener espacios por ser fiel a los amos de organización alguna. Tampoco escribía apegado a la cronología, aún esté ésta impuesta por la verdad. Su cuento: **El pozo y el péndulo** es una declaración de principios anti-histórico.

En el primer párrafo de **El pozo y el péndulo** Poe escribe: *Entonces mi visión recayó en las siete altas bujías de la mesa. Al principio me parecieron símbolos de caridad, como blancos y esbeltos ángeles que me salvarían; pero entonces, bruscamente, una espantosa náusea invadió mi espíritu y sentí que todas mis fibras se estremecían como si hubiera tocado los hilos de una batería*

*galvánica, mientras las formas angélicas se convertían en huesos espectros de cabezas llameantes, y comprendí que ninguna ayuda me vendría de ellos.*

Más adelante leemos: *Mirando hacia arriba observé el techo de mi prisión. Tendría unos treinta o cuarenta pies de alto, y su construcción se asemejaba a la de los muros. En uno de sus paneles aparecía una extraña figura que se apoderó por completo de mi atención. La pintura representaba al Tiempo tal como se lo suele figurar, salvo que, en vez de guadaña, tenía lo que me pareció la pintura de un pesado péndulo, semejante a los que vemos en los relojes antiguos.*

Después dice: *Libre... ¡y en las garras de la Inquisición! Apenas me había apartado de aquel lecho de horror para ponerme de pie en el piso de piedra, cuando cesó el movimiento de la diabólica máquina, y la vi subir, movida por una fuerza invisible, hasta desaparecer más allá del techo. Aquello fue una lección que debí tomar desesperadamente a pecho. Indudablemente espiaban cada uno de mis movimientos. ¡Libre! Apenas si había escapado de la muerte bajo la forma de una tortura, para ser entregado a otra que sería peor aún que la misma muerte.*

El cuento termina diciendo: *¡Y oí un discordante clamoreo de voces humanas! ¡Resonó poderoso un toque de trompetas! ¡Escuché un áspero chirriar semejante al de mil truenos! ¡Las terribles paredes retrocedieron! Una mano tendida sujetó mi brazo en el instante en que, desmayado, me precipitaba al abismo. Era la del general Lasalle. El ejército francés acababa de entrar en Toledo. La Inquisición estaba en poder de sus enemigos.*

Ahora bien, primero menciona una *batería galvánica*, luego dice: *representaba al Tiempo tal como se lo suele figurar* –y escribe Tiempo, así con mayúscula–, *Libre... ¡y en las garras de la Inquisición*, para terminar aferrado a la mano que lo rescata: *Era la del general Lasalle. El ejército francés acababa de entrar en Toledo. La Inquisición estaba en poder de sus enemigos.*

Bien, si nos ponemos estrictamente históricos debemos decir que: Galvani, el científico que desarrolló la teoría de la electricidad que hizo posible el invento de la batería llamada galvánica en su honor, dio a conocer sus hallazgos allá por 1785. Por otra parte, la Inquisición dejó de funcionar en Toledo, ciudad donde transcurre el cuento alrededor del año 1600, y bastante antes de eso se había dejado de aplicar la pena de muerte. Otro detalle es que la entrada de las tropas napoleónicas en esa ciudad, supuestamente al mando del general Lasalle, de quien Poe hace puntual referencia, sucedió en 1808.

Yo siempre invito a todos aquellos a quienes puedo acceder a leer **La carta robada** y **El pozo y el péndulo**. Tal vez, acompañados por esas letras, podamos transitar ese camino que tiene el tiempo lógico (el Tiempo) que es diferente al tiempo cronológico, que suele ser ajeno a la lógica binaria, ésa que, además, hace culto a la pretendida fehaciencia de una historia de la que sólo nos salvan los malos entendidos.

Pensar, y así se lo explica C. Auguste Dupin a prefecto G\*\*\*, siempre invita a huir de la binariedad (también de la que nos auto-imponemos), y sobre todo a preguntarnos por la propia a

la hora de emitir opiniones, o de ejecutar acciones. Pero, además, pensar nos invita a pararnos frente a la base fundamental de nuestras certezas, que es la que nos hace construirlas. Esa base que fue sacudida en sus cimientos cuando Kant –aun defendiendo la vigencia de los postulados geométricos de Euclides– teorizó acerca de que “podría haber otros”.

Si alguna vez, en nuestras brevísimas vidas, pudiéramos pensar –sinceramente– que el resultado de nuestras elucubraciones pueda estar errado, sobre todo cuando lo sostenemos en discursos ajenos a los que damos la calidad de verdad absoluta, tal vez podríamos empezar ese camino que invitamos a transitar a los demás, pero que parece que no estamos dispuestos a travesar nosotros.

La frase que emplea Poe, adjudicándosela a Séneca en La carta robada dice: *Nil sapientiae odiosius acumine nimio*; y traducida del latín significa: “nada es más odioso para la sabiduría que el exceso de...” y aquí viene la gran cosa a debatir. El término latino *acumine* puede ser traducido como “inteligencia”, “agudeza” o “astucia”; y *nimio* aparece como calidad de máximo y no de mínimo como lo usamos hoy.

En todo caso –según Séneca, Poe o quien fuese– ese exceso está absolutamente peleado con la sabiduría.

¿Qué hacemos? ¿Empleamos aquello del *acumine*, y hacemos lo que nos parece que conviene?, ya que siempre tendremos palenques, ya históricos, y hasta racionales para rascarnos o ¿nos erigimos en fieles a las palabras empeñadas y aceptamos ser pretendientes a la *sapientiae*?

Y, bueno... será como también decía el gaucho: “*en la cancha se ven los pingos.*”

**Fernando Musante** (Buenos Aires, Argentina, 1947).

Escritor, dramaturgo, letrista, creativo publicitario y director de cine.

Autor de las obras de teatro: **Si yo fuera Buffalo Bill** (1982), **El gran yeite** (2009) y **Gertrudis** (2019). Director de **Maten a Perón** (2005), película documental por la que recibió el Premio Oesterheld. Productor y realizador en video de **La pasión de Don Juan**, **El señor Galíndez**, **Criminal**, **Los mosqueteros del rey** y **Salsa Criolla**. Letrista del musical **Homero, el color de la sudestada** (2016), trabajo por el que fue distinguido con el Premio ARGENTORES, en 2017, por sus canciones compuestas junto a José Luis Castiñeira de Dios. En 2018 publicó su primera novela: **Breve Manual de instrucciones para asaltar un banco**.